

## Origen de la Orden de los Siervos de la Virgen María

Siete fueron los varones, dignos de reverencia y honor, que reunió nuestra Señora como siete estrellas, para dar comienzo, por la concordia de su cuerpo y de su espíritu, a la Orden de sus siervos. Cuando yo entré en la Orden sólo vivía uno de aquellos, que se llamaba hermano Alejo. Nuestra Señora tuvo a bien mantenerlo en vida hasta nuestros días para que nos contara los orígenes de la Orden. La vida de este hermano Alejo era, como pude ver con mis propios ojos, una vida tan edificante que no sólo movía con su ejemplo a todos los que con él vivían, sino que constituía la mejor garantía a favor de su espíritu, del de sus compañeros y de nuestra Orden.

Su estado de vida, antes de que vivieran en comunidad, constaba de cuatro puntos. El primero, referente a su condición ante la Iglesia. Unos habían hecho voto de virginidad o castidad perpetua, otros estaban casados y otros viudos. Referente a su actividad pública, eran comerciantes. Pero en cuanto encontraron la perla preciosa, es decir, nuestra Orden, no solamente dieron a los pobres todo lo que poseían, sino que se entregaron con gran alegría al servicio de Dios y de la Señora. El tercer punto se refiere a su devoción a la Virgen. En Florencia existía una antiquísima congregación que, debido a su antigüedad, su santidad y número de miembros, se llamaba «Sociedad mayor de nuestra Señora». De esta sociedad procedían aquellos siete varones, tan amantes de nuestra Señora. Por último, me referiré a su espíritu de perfección.

Amaban a Dios sobre todas las cosas, a él dirigían, como pide el debido orden, todo cuanto hacían y le honraban con sus pensamientos, palabras y obras.

Una vez que tomaron la decisión de vivir en comunidad, y confirmado su propósito por inspiración divina, ya que nuestra Señora les impulsaba especialmente a este género de vida, fueron arreglando la situación de sus familias, dejándoles lo necesario y repartiendo lo demás entre los pobres. Después buscaron a varones prudentes, honestos y ejemplares y les participaron su propósito. Subieron al monte Senario, edificaron en lo alto una casita y se fueron a vivir allí. Comenzaron a pensar que no sólo estaban allí para conseguir su santidad, sino que también debían admitir a otros miembros para acrecentar la nueva Orden que nuestra Señora había comenzado con ellos. Dispuestos a recibir a más hermanos, admitieron a algunos de ellos y así fundaron nuestra Orden. Nuestra Señora fue la principal artífice en la edificación de la Orden, fundada sobre la humildad de nuestros hermanos, construida sobre su caridad y conservada por su pobreza.

*(Monumenta Ordinis Servorum Beatae Mariae Virginis, 1, 3. 5. 6. 9.11: pp. 71 ss.)*



## El Papa Francisco destaca la actualidad de su carisma

En esta perspectiva, me gustaría recordar un aspecto importante de vuestra historia, que puede ser paradigmático. Los Siete Santos Fundadores supieron vivir el monte y la ciudad. En efecto, desde Florencia subieron al Monte Senario, donde tuvieron la profunda experiencia del encuentro con Aquel que es la Esperanza, Jesucristo. Luego bajaron del monte estableciendo su morada en Cafaggio, inmediatamente fuera de las murallas de

Florencia, en las afueras de la ciudad, para comprometerse en la vida diaria, en el testimonio y en el servicio a la sociedad y a la Iglesia.

Puede ser bueno releer, a la luz de la página evangélica de la Transfiguración (cf. Lc 9, 28-36), este camino de vuestros Fundadores que, fortalecidos por la experiencia de Dios, van más a fondo en la historia, renovados interiormente. Y así pueden vivir el Evangelio respondiendo a las necesidades de la gente, de los hermanos y hermanas que piden ser acogidos, apoyados, acompañados y ayudados en el curso de sus vidas. Recorriendo de nuevo su singular experiencia humana y vocacional, vosotros también os convertís cada vez más en hombres de esperanza, capaces de disipar los temores que a veces atormentan el corazón, incluso en una comunidad religiosa. Pienso, por ejemplo, en la escasez de vocaciones en algunas partes del mundo, así como en la dificultad de ser fieles a Jesús y al Evangelio en determinados contextos comunitarios o sociales. El Señor, sólo Él, os permite llevar a todas partes, a través de la

santidad de la vida, una presencia de esperanza y una mirada de confianza, identificando y valorando los muchos brotes de positividad que surgen. Pensemos en las vocaciones en los nuevos territorios en los que os habéis insertado. Os exhorto a disfrutar de la belleza y de la novedad cultural y espiritual de los muchos pueblos a los que habéis sido enviados para anunciar el Evangelio.

Ser hombres de esperanza significa cultivar el diálogo, la comunión y la fraternidad, que son perfiles de santidad. De hecho, la santificación, «es un camino comunitario, de dos en dos. Así lo reflejan algunas comunidades santas» (Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, 141).

Ser hombres de esperanza significa encontrar el valor para afrontar algunos de los retos de hoy. Pienso, por ejemplo, en el uso responsable de los medios de comunicación, que transmiten noticias positivas, pero que también pueden destruir la dignidad de las personas, debilitar el impulso espiritual, herir la vida fraterna. **(Discurso, 25-10-2019).**